

PRESENTACION DE LA ENCICLICA DE BENEDICTO XVI "Dios es Amor"

Fr. Víctor Manuel Alcalde Quintas, ofm

La primera encíclica de Benedicto XVI, fechada el 25 de diciembre de 2005, se centra en el núcleo de una fe que tiene a la persona del Hijo de Dios encarnado como iniciador y dinamizador: el Amor que es Dios.

Porque Dios es Amor envía a su Hijo y éste se encarna; porque Dios es Amor, Jesucristo vive, obra, predica, sana y da testimonio de ese Amor hasta la máxima expresión, morir perdonando e implorando perdón para sus verdugos; porque Dios es Amor, el Hijo muerto vence a la muerte tras vencer al pecado sobre su cruz, poniendo al alcance de todos sus hermanos todo lo suyo por la resurrección de entre los muertos.

Porque Dios es Amor, Jesucristo abandona la gloria de su divinidad por su encarnación como hombre, para recuperarla como hombre en su resurrección haciendo de eso mismo que es Suyo algo accesible para todo hombre y para toda mujer.

Esta encíclica consta de dos partes enunciada en 42 puntos. La primera parte acaba en el punto 18 con el prólogo y la segunda en el 42 incluyendo los dos de la conclusión.

Esta distribución nos permite ya intuir desde el principio que los necesarios planteamientos y reflexiones sobre el amor de Dios han de ser siempre seguidos de una generosa aplicación a la vida eclesial y personal concreta.

En el siglo XX, el Papa que más encíclicas publicó fue Pío XI (41) y el que menos, Juan XXIII (7). Catorce publicó Juan Pablo II. No parece que Benedicto XVI vaya a ser de los más prolíficos. Y no sólo por su edad. Piensa que los problemas de la Iglesia no se arreglan desde un escritorio. Insiste en que la Iglesia «habla demasiado de sí misma. No tenemos necesidad de una Iglesia más humana, sino de una Iglesia más divina». Por eso la parte de esta Encíclica que viene dedicada a los planteamientos teóricos y nociones es menos de la mitad de la dedicada a la praxis eclesial del amor. Como diría Francisco de Asís, la letra mata si

no viene encarnada en una vida espiritual y comprometida con la misma misión del Hijo de Dios.

A riesgo de resultar repetitivo, insisto en lo dicho ya desde el inicio de estas líneas, como servidor de la intención plasmada por Benedicto XVI en este documento solemne. Como viene siendo habitual desde inicios del siglo XX, la primera encíclica de un pontífice es programática, presenta e introduce el hilo conductor del que será el rumbo pastoral de ese pontificado.

Benedicto XVI, como ya hizo Juan Pablo II con la *Redemptor Hominis* (*el Redentor de los hombres*), en ésta *encíclica* va al núcleo del cristianismo: Cristo, en el que encontramos el rostro del Dios que es Amor. En Cristo se contempla el rostro humano de Dios y se divisa la faz divina del hombre a quien ha venido a salvar, idea ésta que repetía insaciablemente el Papa anterior (cfr. *Gaudium et spes*, 22).

El mismo título de la Encíclica, sus tres primeras palabras, Dios es Amor, de la primera Carta de San Juan, es el punto de apoyo del que se servirá para tratar con la máxima hondura la esencia divina de la que el hombre participa justamente por haber sido creado a su imagen y semejanza.

PARTE PRIMERA. La primera parte de ella tiene un carácter de erudita reflexión, de investigación, pero que es esencial para precisar algunos puntos del amor de Dios, tales como el modo misterioso y gratuito de ofrecerse al hombre y, a la vez, -esto es clave- la relación directa y ejemplar de dicho amor con la realidad del amor humano.

El Papa comienza matizando los diversos términos utilizados para significar amor, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo y escritos de autores clásicos de la antigüedad. Se detiene en el *eros*, amor entre hombre y mujer; comenta de pasada el término *philia*, amor de amistad, que utiliza el Nuevo Testamento para indicar la relación entre Jesús y sus discípulos. Especial hincapié se hace en el término **ágape**, como **novedad cristiana de amor**, purificación y maduración del *eros* y

que va siempre acompañada de renuncia de bienes y afectos pasajeros y relativos por la opción por un bien y un Amor imperecedero y pleno.

Contempla Benedicto XVI estas nociones de *eros-ágape*, generalmente tratadas como contrarias, sobre todo desde la Sagrada Escritura en busca de su conexión. En efecto, en el Cantar de los Cantares, se da el paradigma de esa transformación del eros en agapé. Las poesías contenidas en ese libro sagrado fueron escritas, parece ser, para una fiesta nupcial israelita, en la que se debía exaltar el amor conyugal. Allí la palabra **dodim**, es un plural que expresa un **amor en búsqueda, aún inseguro**. Más adelante es remplazado por el término **haba** que expresa la experiencia del amor como **verdadero descubrimiento del otro, superando el carácter egoísta del anterior**. El término *haba* tiene un origen similar al de *ágape*.

Un amor así, *ágape*, es puro y aspira a lo definitivo. Un amor que abarca la existencia entera de la persona en todas sus dimensiones; tanto en lo que implica exclusividad -sólo esta persona-; como en el tiempo, es decir "para siempre".

La distinción entre el **eros y agapé no admite contraposición**. El cristianismo asume y diviniza lo humano, no se opone ni corre paralelo. Quien no lo vea así olvidaría que desde que el Verbo se ha hecho verdadero Hombre en Cristo, ya todo lo humano -si de verdad lo es- no puede dejar de ser cristiano.

Este amor divino, agapé, camina en vía "descendente" a toda la realidad humana mientras que el amor humano, eros, ha de ir por el camino de la purificación y maduración "ascendente" hasta salir de sí mismo (éxtasis) en busca del amor divino. Amor cristiano es transición del eros al ágape por la potencia del primero y la excelencia y pureza del segundo.

Las dos dimensiones del amor corren a converger y no paralelamente, justamente porque la fe bíblica no construye un mundo

ajeno, paralelo o contrapuesto al fenómeno humano dado que éste ha sido creado a su imagen y semejanza.

El eros es el amor de quien mira al amado y reconoce en él algo de lo que carece, algo que lo atrae irremisiblemente a la unión. El eros es *un amor noble aunque imperfecto*, sobre todo cuando se desvirtúa haciéndose centro de sí mismo –amor erotizado y/o posesivo- en lugar de ser el empuje hacia una unión que sólo se consume en la mutua y libre entrega de los amantes.

El eros es ese impulso impreso por Dios en nuestra naturaleza para recordarnos que hemos de abrirnos a la entrega porque necesitamos el amor, porque somos seres para la comunión, porque encontramos nuestra identidad más acabada y nuestra plena realización en el don por amor gratuito e incesante.

Recuerda Benedicto XVI cómo Dios sentía *amor-eros* hacia Israel, anhelando de su pueblo el 'sí' fiel y libre que Dios no podía tomar por la fuerza, ¡un 'sí' que era un bien del que Dios carecía!

Por esta respuesta de Israel, respuesta que era el bien mayor posible para el pueblo -tanto que de él habían de proceder todos los demás- Dios toma a Israel, su pueblo, con un amor esponsal que lo induce a la alianza nupcial, a la libre entrega al Esposo divino.

En el Antiguo Testamento, Oseas y Ezequiel así lo tratan. El eros de Dios con el hombre es el ágape y lo es porque Dios no trata de poseer ese bien que lo atrae –el 'sí' de cada ser humano desde el hondón de su alma- sino que para que la esposa sea suya Él mismo se entrega del todo, sin ningún mérito por parte de una esposa que, pertinaz en la tibieza y la infidelidad, siempre encuentra en su Esposo Amor gratuito y perdón.

Este amor de Dios por el hombre hace cumbre en la Encarnación y tiende incesantemente hacia su cenit del Calvario, hasta la entrega en la Eucaristía. Allí el *Logos, la sabiduría eterna*, se hace por amor totalmente de cada hombre y cada mujer al hacerse comida suya, para que así él o ella pasen a ser suyos. Dios sacia y aquieta su eros en la entrega más extrema, de tal manera que nos da a comer su Carne y a beber su Sangre con lo que se entiende que a la Eucaristía también se le llame *Ágape*. Vemos, pues, como el eros es un amor santo y noble orientado por su naturaleza al *ágape*, a la comunión de vida en un amor que se entrega para llegar a ser una sola carne con el amado.

Que de este mismo Pan se alimenten todos a los que Cristo se entrega se deduce -dice la Encíclica- la unión con Cristo de todos, de cada uno. Únicamente puede pertenecer a Cristo quien está unido a todos los que ya son suyos o lo serán, en una vida eucarística que se vive desde, en y para una fraternidad universal que no entiende de condiciones ni de fronteras.

La siguiente reflexión que trata la Encíclica *Deus Caritas est* es el amor a Dios y al prójimo como mandato. Sabemos que el israelita creyente reza cada día con las palabras del Libro del Deuteronomio una oración que compendia el núcleo de su existencia: "Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas" (6, 4-5). Jesús, acoge todo esto en un único precepto, pero uniendo al mandamiento del amor a Dios, el del amor al prójimo, contenido en el Libro del Levítico: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (19, 18).

Pasa el Papa, para terminar esta primera parte de su Encíclica, a profundizar sobre una cuestión que parece difícil de resolver. ¿Se puede amar a Dios si no se le conoce? De hecho, San Juan dice que quien no ama a su hermano a quien ve ¿cómo va a amar a Dios a quien no ve?

Otra cuestión espinosa por resolver es: ¿se puede, acaso, "mandar" amar? El Papa resuelve la cuestión con gran sencillez y brillantez.

San Juan está, justamente, subrayando con sus palabras la necesidad de que tanto el amor a Dios como al prójimo -que es el que me necesita- son inseparables. Por otra parte, quien conoce a Cristo, conoce al Padre, conoce a Dios.

Dios es Amor, y quien le conoce lo conoce porque ha hecho experiencia de ese Amor, de ser amado inmerecida y gratuitamente por un Dios que se le da del todo para que su ejemplo mueva al amado a vivir de esa misma manera con sus hermanos (el lavatorio de los pies en el evangelio de Juan: "Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y hacéis bien, porque lo soy. Pues si yo que soy el Señor os he lavado los pies es para que sigáis mi ejemplo").

Se puede "mandar" el amor, porque antes de ser mandado el amor ha sido dado, pues es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4, 10), ahora el amor ya no es sólo un "mandamiento", sino la respuesta al don del amor, con el cual viene Dios a nuestro encuentro en el prójimo, en ese hombre que nos necesita.

Dios manda amar por la misma razón que mandó al pueblo de Israel guardar el Decálogo: el plan eterno de Dios es que lleguemos a vivir con él, a ser suyos plenamente insertos en la misma entraña de su vida divina.

Toda la revelación es camino hacia Cristo, una escuela de amor que conduce a la humanidad hacia el Maestro de esa escuela donde se aprende a desentrañar todo el misterio sembrado por Dios en la imagen y la semejanza que de sí ha impreso en cada ser humano. Desarrollar hasta su plenitud esa imagen de un Dios que es Amor supone la plenitud de nuestro ser.

Que Dios mande amar no es un capricho o un dictado del todopoderoso al que someterse servilmente. El mandamiento del Amor, de amar como Jesucristo nos ha amado y nos ama, es la forma más acabada y realizada de esa semejanza divina en la que el ser humano encuentra su dignidad inviolable y su misión/vocación.

El mandamiento del Amor es la esencia y el ser de Dios puesto al alcance del ser humano en la carne, en la sangre, en el Espíritu de Jesús, del Dios hecho hombre primero y alimento después para que todo el que le coma tenga vida eterna ya desde esta vida, por el Amor encarnado en su carne mortal. Desde todo esto es más sencillo comprender que el mandamiento de amar como Él nos ha amado:

- no es una *teonomía* (**Theos-nomos**), o *ley de Dios* que Él dicta e impone;
- tampoco es una *heteronomía* (**hetero-nomos**), *ley que otro lejano a mí dispone*;
- el mandamiento del amor es la *verdadera autonomía* del ser humano (**autos-nomos**), pues **mi propia ley**, el modo de llegar a ser verdaderamente hombre según el ejemplo y la talla de Jesús.

La libertad del ser humano es imagen de la libertad de Dios, como es imagen de la divina nuestra capacidad de conocer con sabiduría y de amar con gratuidad. Como todo lo que el ser humano es está al servicio de su crecimiento hacia el Dios-Amor de quien procede y hacia quien camina y vive, la libertad y la inteligencia, la voluntad y el conocimiento humanos encuentran su sentido en el amor, y es el amor la esencia y la personalidad primera del hombre como es el Amor la esencia y el ser de Dios.

En la estatura del hombre según Cristo en su plenitud, lo humano alcanza la cota para la que fue pensado desde toda la eternidad: ser

dios con Dios y en Él. Por eso cabe decir que Jesucristo es un hombre tan hombre que sólo Dios podía serlo, y viviendo en obediencia a su mandato eucarístico de la última cena y del lavatorio encontramos la senda de la plena realización personal, la senda del Amor divino a encarnar por todos los que quieran perseverar bajo el señorío de Cristo. Dios manda al hombre el amor porque el amor es aquello para lo que el hombre fue creado, su sentido y su fin, su libertad y su más alta sabiduría porque su fin es Dios, y Dios es Amor.

SEGUNDA PARTE. El amor al prójimo enraizado en el amor de Dios, más que tarea para el fiel, lo es para la entera comunidad eclesial, que en su actividad caritativa debe reflejar el amor trinitario del que vive y hacia el que se encamina, en fraternidad. La conciencia de tal deber ha tenido relevancia constitutiva en la Iglesia desde sus inicios (cfr Hch 2, 44-45) y bien pronto se manifestó también la necesidad de una cierta organización como presupuesto para su cumplimiento eficaz.

En la estructura fundamental de la Iglesia, emergió la “diaconía” como servicio del amor al prójimo ejercido de modo comunitario y de forma ordenada –un servicio concreto, pero al mismo tiempo también espiritual (cfr Hch 6, 1-6).

La íntima naturaleza de la Iglesia se expresa así en una triple tarea: el anuncio de la Palabra de Dios (“kerygma-martyria”), la celebración de los Sacramentos (“leiturgia”), y el servicio de la caridad (“diakonia”). Son tareas que se presuponen mutuamente y que no pueden separarse una de otra pues las tres son esenciales para la vida y misión de la Iglesia y de cada cristiano.

Desde el siglo XIX, contra la actividad caritativa de la Iglesia se ha levantado una objeción fundamental: ésta estaría en contraposición –se ha dicho- con la justicia, y acabaría por actuar como sistema de conservación de la injusticia y las desigualdades al hacer, de alguna

forma, soportable el injusto sistema socioeconómico presente existente, frenando así la rebelión y el cambio potencial hacia un mundo mejor.

En este sentido el marxismo había puesto en la revolución mundial y en su preparación a través de la lucha de clases la panacea para la problemática social. El magisterio pontificio, empezando por la Encíclica "Rerum novarum" de León XIII (1891), hasta la trilogía de las Encíclicas sociales de Juan Pablo II ("Laborem exercens" [1981], "Sollicitudo rei socialis" [1987], "Centesimus annus" [1991]), ha afrontado la cuestión social con planteamientos evangélicos y, por ello, revolucionarios y eficaces allí donde se viven y se llevan adelante.

Con todo, la creación de un orden justo de la sociedad y del Estado es la tarea central de la política, por tanto no puede ser el cometido inmediato de la Iglesia. La Iglesia vive su identidad sin suplantar las obligaciones de los gobiernos y los estados respecto a la justicia y la igualdad. Por mucho que para los cristianos la caridad y la justicia sean una urgencia y una necesidad, su papel siempre será subsidiario, tratando de llegar donde la imperfección de todo sistema político no llega en lo tocante a esa justicia y esa igualdad.

La doctrina social católica pretende simplemente purificar e iluminar la razón de los gobiernos y de los ciudadanos, ofreciendo su propia contribución a la formación de las conciencias, de manera que las verdaderas exigencias de la justicia puedan ser percibidas, reconocidas y también realizadas por todos independientemente del credo profesado.

No existe ningún ordenamiento justo del Estado que pueda hacer superfluo el servicio del amor, pues el más filantrópico de los gobiernos no será más que una instancia burocrática que no puede asegurar la amorosa dedicación personal de la que el hombre que sufre tiene necesidad. Quien, por un sentido asistencial vertical y estatalista quiere desembarazarse del amor o combatir el ejercicio eclesial de este amor,

se dispone a desembarazarse del hombre en cuanto hombre, pues todo lo que necesita el ser humano es ser atendido y tratado como tal.

En nuestra época, un efecto positivo de la globalización se manifiesta en el hecho de que la solicitud por los pobres, superando los confines de las comunidades nacionales, tiende a alargar sus horizontes al mundo entero.

Las estructuras del Estado y las asociaciones humanitarias secundan de diversas maneras la solidaridad expresada por la sociedad civil: así se han formado múltiples organizaciones con fines caritativos y filantrópicos. También en la Iglesia Católica y en otras Comunidades eclesiales han surgido nuevas formas de actividad caritativa. Entre todas estas instancias es de desear que se establezca una colaboración eficaz y pronta. Naturalmente, es importante que la actividad caritativa de la Iglesia no pierda su propia identidad, reduciéndose a una ONG más o en una simple variante. Por ello:

- La actividad caritativa cristiana, más allá de su competencia profesional, debe basarse en la experiencia de un encuentro personal con Cristo, cuyo amor ha tocado el corazón del creyente suscitando en él el amor por el prójimo.
- La actividad caritativa cristiana debe ser independiente de partidos e ideologías. El programa del cristiano – el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús– es “un corazón que ve” y actúa de modo consecuente más allá de ningún cálculo o ideología humanos.

En este contexto, y frente al inminente secularismo y activismo que puede condicionar también a muchos cristianos empeñados en el trabajo caritativo, hay que afirmar la importancia de la oración y de la Eucaristía. El contacto vivo con Cristo y tomarlo a Él como alimento y fin de nuestra adoración evita que la experiencia de la desmesurada injusticia y de los límites del propio trabajo puedan, por un lado, empujar

al cristiano a la ideología que pretende realizar a cualquier medio lo que Dios, aparentemente, no consigue o, por otro lado, convertirse en tentación a ceder a la resignación.